

¿Cuál es la relación entre familia y migración? El caso de las familias de emigrantes ecuatorianos en Génova¹

Francesca Lagomarsino*

El presente trabajo es el resultado de una investigación llevada a cabo en Génova (Italia) y en Ecuador sobre las características de los flujos migratorios ecuatorianos, a partir del análisis de relatos de vida² de los emigrantes ecuatorianos en Génova y de las familias de emigrantes ecuatorianos en su país de origen.

En los últimos diez años, muchos países europeos han presenciado un considerable aumento de flujos migratorios provenientes de América Latina con características y modalidades nuevas, ya sea en términos cuantitativos o cualitativos, con respecto a los flujos de décadas anteriores que transportaron, en su mayoría, a exiliados políticos que huían de regímenes autoritarios.

España e Italia son los países europeos más involucrados en estos procesos, ya sea por los lazos políticos del pasado colonial que unen a España con algunos países latinoamericanos; ya por su presunta cercanía cultural, reli-

1 Traducción del italiano al español: Società Dante Aligheri, Quito.

* Universidad de Génova, Italia. f.lagomarsino@unige.it

2 Bertaux (1999) presenta una importante diferencia entre historia de vida y relato de vida, refiriéndose, en el segundo caso, a aquellas historias de vida que se focalizan en un segmento particular de la historia de un sujeto ligado a eventos específicos, por ejemplo, la migración, la vida profesional, los estudios universitarios y otros: “La concepción que propongo define ‘relato de vida’ como la narración hecha por una persona a otra, sea este un investigador o no, de un episodio cualquiera de la experiencia, haciéndolo pasar a través de un filtro. En el momento del primer contacto, el sujeto es informado, de hecho, de los intereses específicos de conciencia que animan la solicitud de la entrevista ... esto equivale a proponer, por así decirlo, un contrato de entrevista. Si el sujeto acepta la propuesta ésta se transforma en un pacto... este pacto sirve de filtro y orienta y focaliza la entrevista” (Bertaux, 1999: 54).

giosa y lingüística, o porque los países latinoamericanos han sido, en el siglo pasado, lugar de emigración para muchos italianos y españoles cuyos descendientes hoy, frente a la creciente crisis, tratan de regresar a los países de los cuales partieron las generaciones precedentes; y, finalmente, por la mayor facilidad de entrada regular³ en comparación, sobre todo, con lo que sucede en Norteamérica a este respecto.

En este contexto general, la migración ecuatoriana en Italia y en Génova, específicamente, ha tenido un desarrollo muy peculiar no sólo en términos cuantitativos sino, sobre todo, en términos cualitativos.

La prevalencia del componente femenino; la fuerza de las dimensiones familiares; un aumento muy rápido de su presencia; la concentración territorial de los asentamientos; la relativa (aún cuando no sea muy real) cercanía cultural entre países de origen y países de llegada; la conspicua presencia de condiciones de irregularidad; la concentración ocupacional en algunos nichos bien definidos, como el trabajo doméstico y el trabajo en la construcción; la ausencia de marcados prejuicios iniciales de las sociedades receptoras, estrechamente ligada a la presencia de mujeres percibidas como poco peligrosas y fácilmente integrables; el crecimiento de una segunda generación de adolescentes; todos éstos son factores que requieren de un análisis cuidadoso, no solamente en términos de comparación entre los distintos flujos migratorios presentes en Italia, sino, sobre todo, en relación a la modalidad de migración y de asentamiento que los latinoamericanos han desarrollado en países de más antigua inmigración. Es interesante subrayar que, no por casualidad, la migración latina en Europa sigue caminos diferentes respecto a los flujos tradicionales dirigidos a Estados Unidos, por ejemplo, en cuanto tiene que ver con la inserción de género, la modalidad de la inserción en los mercados del trabajo local, los procesos de estigmatización, el acceso a formas de ciudadanía y otros.

2 Hasta el 1° de junio de 2003, los ciudadanos ecuatorianos podían entrar en Italia tan sólo con el pasaporte, sin necesidad de una visa. Por ello era muy fácil entrar como turistas, con un permiso de 90 días, y luego permanecer al concluir el tiempo establecido. Además de la posesión del pasaporte, las autoridades de frontera exigían algunas condiciones: un boleto aéreo de ida y vuelta, la disponibilidad de un alojamiento (reservación hotelera, invitación por parte de un ciudadano italiano o un connacional residente legal), la disponibilidad de medios financieros adecuados para mantenerse por los 90 días establecidos. En ausencia de estas condiciones, las autoridades de frontera tenían la facultad de negar la entrada al país. Las mismas condiciones se presentaban en España.

El objetivo de esta investigación fue analizar y profundizar en las características y las modalidades de este flujo migratorio, con un enfoque particular en las influencias que la migración determina en el interior de los núcleos familiares. El fenómeno se observa no solamente desde el punto de vista del país de llegada, por lo tanto, de los ecuatorianos como inmigrantes, sino también a partir de las características del país de proveniencia (para analizar las características del cuadro socioeconómico, o bien para recoger la complejidad de los factores que llevan a madurar la decisión migratoria, con las dinámicas que ésta provoca en los ámbitos tanto individual como colectivo) y de sus influencias en el recorrido migratorio de los individuos, tomando en cuenta el enlace continuo entre inmigración y emigración.

Como muchos autores enfatizan hace tiempo (Cfr. Mořkvasic, M. 1983; Grasso, M. 1994; Zlotnik, H. 1995; Sayad, A. 2002; Colombo, A. 2003), el estudio de los fenómenos migratorios se vuelve limitado y parcial si se toman en consideración solamente los aspectos ligados a la inserción en el país de acogida y las motivaciones individuales y subjetivas que obligan a las personas a emigrar, pasando por alto, en cambio, las características socioeconómicas de los países de origen y la interacción entre factores macro (políticos, económicos y sociales en los ámbitos local e internacional), meso (*networks* redes y cadenas migratorias) y micro sociales (factores individuales y familiares) que inciden en la decisión migratoria de los individuos.

El sociólogo Abdelmalek Sayad subraya la necesidad imprescindible de alcanzar una comprensión realmente profunda de tales fenómenos, de recoger la relación continua entre estos dos polos; inmigración y emigración no son simplemente dos fases distintas del recorrido migratorio, temporal y espacialmente separadas, sino dos aspectos indivisibles de una misma realidad que no pueden ser comprendidos y explicados el uno sin el otro.

La visión de Sayad de la migración como “hecho social total” y de la importancia fundamental de considerar al migrante como persona en su globalidad, que se encuentra involucrada con todo su ser en el interior de una experiencia que no puede ser dividida de manera rígida en un antes y un después, entre un país de origen y uno de llegada, entre el ser emigrante o inmigrado, permite acercarse al análisis de la migración con una nueva perspectiva, con una mirada centrada también en el país de origen y sobre la experiencia migratoria de los individuos como evento complejo y multiforme,

depurando así la investigación sobre las migraciones de los riesgos de un cierto etnocentrismo, a menudo presente y limitante

Una mirada centrada sobre la familia

Los efectos que los procesos de emigración y de inmigración ejercen sobre las características y las dinámicas de la estructura familiar, tanto en los países de origen como en los de llegada, son múltiples y están constantemente interrelacionados; tal es así que desde hace tiempo numerosos autores (Cfr. Harbison, S.F., 1981; Torrealba Orellana, R., 1989; Dumont, W.A., 1993; Zlotnik, H. 1995) subrayan la necesidad de situar a la familia en el centro del análisis de los fenómenos migratorios. Es en los núcleos familiares donde se elabora y se construye, con modalidades distintas y a menudo contrastantes, la decisión de partir y la familia se transforma así, en el elemento central al interior de las redes y de las cadenas migratorias, asumiendo un rol decisivo en todo el recorrido, desde la partida hasta la inserción en el nuevo contexto. De hecho, los individuos que deciden migrar no viven en un vacío de relaciones sociales ni actúan de modo totalmente independiente; por el contrario, están ampliamente influenciados por lo que les rodea, no sólo en el plano macrosocial (contexto económico, político y social) sino, sobre todo, en el plano familiar. La estructura y el funcionamiento de la familia en el interior de una sociedad específica, así como el rol que el sujeto asume en el seno del núcleo familiar, con respecto a sus características específicas (edad, sexo, posición en las relaciones de parentesco, linealidad de la descendencia...), influyen en la posibilidad de que un individuo emprenda un recorrido migratorio:

Si bien tanto la estructura como el funcionamiento varían notablemente entre las diversas sociedades, la familia es el contexto en el cual viene formulada la decisión migratoria para la mayor parte de los individuos. La familia en la que se toma la decisión migratoria puede ser nuclear o extensa, patrilínea o matrilínea, y puede ser la familia de orientación o de procreación. Cualquiera sea el tipo de estructura específica, la familia como unión entre el individuo y el contexto social más amplio, prepara a sus miembros a sus valores y a las normas de la sociedad, define sus derechos y deberes de parentesco y establece roles económicos apropiados... La naturaleza específica de los lazos entre el individuo, la familia, la sociedad y el contex-

to circundante determina la dirección de su impacto en la decisión migratoria... al mismo tiempo, la estructura social y demográfica de la familia tendrá efectos en el estatus del individuo, su bienestar y sus derechos y deberes en el interior del núcleo (Harbison, 1981: 229).

De hecho, la familia no vive en un *vacuum* social y cultural, sino que se halla en estrecha relación con un contexto específico y con las características del ambiente natural que influyen en la peculiaridad del núcleo mismo. Factores como las normas matrimoniales, la regla de la herencia, los derechos y las obligaciones de parentesco, el sistema de producción y el rol que la familia cumple en su interior, son todos elementos que intervienen en las características de la familia y, por lo tanto, lo hacen por vía indirecta, sobre las mayores o menores oportunidades de migración que tengan algunos de sus miembros (Cfr. Harbison, S.F. 1981; Oso, L. Catarino C., 1996; Dumont, W.A. 1993). Que la familia sea numerosa, por ejemplo, puede constituir un incentivo a la migración de algunos de sus miembros, en relación con el sistema de división de la herencia: si está vigente un modelo de división de bienes igualitario entre todos los hijos, puede suceder que frente al elevado número de herederos, los bienes disponibles sean insuficientes para mantener a todos y por lo tanto, algunos decidan emigrar. Por el contrario, si está vigente un sistema que prevé el acceso a los bienes solamente para los primogénitos, los hijos menores pueden decidir emigrar para diversificar la modalidad de supervivencia del núcleo y la suya misma.

Otro factor importante parece estar dado por la calidad de los lazos afectivos entre los miembros de la familia. Mientras más débiles sean los nexos de un individuo, más lo atraerá una experiencia de migración; por ejemplo, hombres jóvenes solteros que no han formado aún una familia de procreación y no se han insertado todavía de modo estable en el mercado laboral, tendrán nexos relativamente débiles con el interior de su comunidad de origen. Por el contrario, si los lazos son muy fuertes, el impacto de la decisión migratoria puede ser negativo:

El deseo de permanecer en contacto estrecho con los miembros de la familia puede reducir, ya sea el incentivo, ya sea la disponibilidad cognoscitiva de migrar, si los miembros de una familia residen en la comunidad de origen, o puede ser un incentivo y un motivo para la decisión de emigrar si éstos tienen familiares que han partido antes que ellos de la comunidad de

origen... un sentimiento positivo hacia los miembros de la familia puede ser un desincentivo a la migración, la presencia de conflictos en el interior de la familia nuclear o entre varias facciones de la familia extendida pueden aumentar el deseo de emigrar (Harbison, 1981: 243).

Prestar atención al rol de la familia y ponerla en el centro del análisis no significa considerar, exclusivamente la decisión migratoria de los individuos como producto de una decisión común formulada al interior del núcleo. Los casos son, por el contrario, muy diversos y se mueven a lo largo de un *continuum* que va de un polo en el cual, efectivamente, la partida nace de una decisión común que privilegia el bienestar del grupo en detrimento del bienestar individual; al polo opuesto en el cual la influencia familiar y del contexto llevan al individuo a escoger autónomamente, así sea en oposición al deseo del núcleo. En este caso, la migración se convierte en un hecho de ruptura y de conflicto, más o menos intenso, más o menos compartido. Para las mujeres, por ejemplo:

A veces, la causa del éxodo ha sido una ruptura del lazo familiar o de pareja (divorcio, repudio...); otras veces la partida viene a romper definitivamente la no adhesión de la mujer a los valores tradicionales y la voluntad de escapar a una condición de vida regulada por normas culturales y sociales que ella no estaba dispuesta a seguir aceptando (Favaro y Tognetti Bordogna, 1991:74).

Resulta claro, entonces, que existe una relación interactiva entre familia y migración, en la cual cada uno de los dos elementos ejerce su influencia sobre el otro. Por un lado, la estructura y el funcionamiento de los núcleos familiares influyen en la posibilidad de emigrar, pero, por otro, la migración transforma e influye en la familia, sea en el país de origen o en el de llegada:

El impacto de la migración varía, obviamente, de modo considerable para el migrante y para la familia que se queda en la sociedad de partida. Desde este punto de vista, sexo, edad y rol en el interior de la estructura de la familia deben ser identificados. La migración implica procesos de fragmentación y reagrupamiento de la unidad familiar que normalmente provocan cambios estructurales substanciales en el funcionamiento de la familia. Estos procesos son mucho más marcados cuando el que emigra es el je-

fe de la familia y pueden ser más intensos si otros miembros del grupo emigran sucesivamente (Torrealba Orellana, 1989: 320-324).

La migración determina, sobre todo, una reducción numérica del grupo familiar y, como consecuencia de ello, una redefinición de los deberes de cada uno, con base en las características y en los roles desempeñados por los que han partido, así como de quienes se quedaron (hombre o mujer, jefe de la familia, joven soltero o soltera, primogénito).

En el caso de las familias transnacionales, en particular, los efectos de la migración actúan de manera simultánea tanto sobre los que se quedan en el país de origen, así como de los que partieron, determinando cambios importantes a corto y largo plazo. Si tradicionalmente se ha prestado mayor atención a los efectos que la migración provoca en la familia en el país de llegada, también es importante tener en consideración los efectos simultáneos que involucran a los miembros emigrados, así como a los que se han quedado en el país de origen:

Para estudiar la naturaleza y la entidad de las correlaciones entre migración y procesos de construcción de los núcleos familiares, sería necesario obtener datos de las historias de vida, no solo de los migrantes sino también de los no migrantes que se quedaron en el lugar de origen y de aquellos en el lugar de llegada para así tener referencias apropiadas para estos grupos. Como Tribalat (1991) ha observado: ‘para estudiar la evolución de los migrantes y de sus familias es importante trazar su historia en el doble espacio constituido por el país de origen y de llegada... desafortunadamente, las típicas investigaciones sobre núcleos familiares cubren sólo uno de los espacios en el cual se desarrolla la migración internacional...’ (Zlotnik, 1995: 254).

Finalmente, un último aspecto que debe tomarse en cuenta, es la influencia del hecho migratorio en el ciclo de vida familiar, comprendido como: “una sucesión de fases, delimitadas por algunos hechos típicos, que introducen en el curso de la vida del ‘sujeto familia’, transformaciones de los órdenes estructural, organizativo, relacional, psicológico” (Blangiardo y Scabini, 1995: 86). Los hechos que señalan el pasaje de una fase a otra, vienen definidos como críticos, debido a que determinan la conformación de situaciones estresantes, de procesos de transición y cambios a los cuales las familias deben responder. En tal sentido, la migración se configura como un hecho crítico

no previsible, es decir, que no está presente normalmente en el ciclo de vida familiar y que requiere activar recursos y energías suplementarios de todos los sujetos involucrados para enfrentar los cambios, tanto de los que han partido como de quienes se han quedado⁴.

A través de los resultados de la investigación⁵, en este artículo, se enfatizará en las dinámicas existentes en las familias migrantes ecuatorianas, con el objeto de evidenciar los efectos y las implicaciones que la migración conlleva en el ámbito de las relaciones intraconyugales e intergeneracionales (padres-hijos).

El contexto de destino

La presencia de la familia emigrada en los países de destino es considerada un importante indicador de estabilidad de los flujos migratorios, supuesto que indica la transición de una permanencia temporal y provisoria, ligada generalmente a la realización de un objetivo económico a corto plazo hacia una permanencia de largo plazo, a menudo definitiva, que implica un cambio radical en la relación con el nuevo contexto y de los significados atribuidos a la permanencia. La llegada de los hijos y de los cónyuges, la confor-

4 En este aspecto, volvemos al concepto de riesgo social y de reflexiones que en los últimos años se han podido desarrollar dentro de la sociología de la familia, relativas a este tema. Donati, en particular, utilizando el acercamiento relacional, sugiere leer el riesgo como relación de adecuado/inadecuado entre desafíos y recursos, es decir, sugiere “utilizarlo como una categoría neutra, considerándola como el resultado de una especie de suma algebraica entre desafío y recursos... el riesgo puede, entonces, asumir un signo positivo o negativo en base al tipo de equilibrio alcanzado en la combinación de desafío y recurso” (Rossi, 2001: 29). En este caso, entonces, estamos justamente ante una situación de riesgo en la cual, luego de la migración de un miembro de la familia y de las posteriores reunificaciones, todo el núcleo está sujeto a una serie de desafíos frente a los cuales debe tener la capacidad de activar recursos satisfactorios. Siempre refiriéndonos a Donati, en este caso, la situación de riesgo familiar presente es aquella que viene definida como una *situación de transición*, es decir, una “falta de recursos para adecuarse a hechos normativos o no normativos-desafíos que se verifican en el ciclo de la vida familiar” (Carrà, 1995: 193-197).

5 La investigación se realizó a través de la aplicación del acercamiento biográfico, siguiendo la perspectiva etnosociológica propuesta por Bertaux. En particular, se ha articulado a través del uso de relatos de vida de inmigrantes ecuatorianos asentados en Génova (n.20) y por sus familiares que se quedaron en Ecuador, además de relatos de vida (n.23) de familiares de migrantes ecuatorianos insertos en distintos contextos, ya fueran europeos (España, otras ciudades italianas, Países Bajos) o norteamericanos (USA y Canadá). Además, se han utilizado entrevistas (17 en Génova y 16 en Ecuador) a informantes calificados (trabajadores sociales, religiosos, mediadores culturales, profesores y educadores).

mación de nuevas parejas y el nacimiento de otros hijos, implican un traslado de las inversiones simbólicas, afectivas y materiales, del lugar de partida a aquel de llegada. El nuevo país, a pesar de fuertes resistencias y, a menudo, más allá de la voluntad explícita del sujeto, adquiere ahora un rol preponderante con respecto al de origen. Es en el presente, en el país de inmigración, en el que se proponen las bases para la construcción de una nueva vida familiar, no siempre de manera voluntaria:

En cada caso, el nacimiento y la llegada de los hijos, así como la decisión de realizar la reunión con el cónyuge, modifican profundamente el proyecto de los individuos, quienes tienden a trasladar la balanza de las opciones y de las inversiones simbólicas, económicas y afectivas hacia el "aquí y ahora". La reunificación familiar constituye, al mismo tiempo, el factor esencial y el signo visible de la transformación el significado de la migración: el inmigrado deja de ser un trabajador extranjero, provisional y en tránsito, para llegar a constituir una presencia estable y definible también con base en otros roles sociales (Favaro, 2000: 44).

Sin embargo, no hay la necesidad de concebir la familia inmigrada como una entidad estática que se transfiere sin alteraciones del contexto original al contexto de llegada; la familia, en realidad, se presenta como una nueva estructura con identidad y características específicas, que emergen justamente de los recorridos que cada núcleo está obligado a realizar. Como destaca Zehraoui (1995: 77)

no existe una familia inmigrada ya constituida, bien hecha, que integre, sea integrada o se deba integrar... la integración social no tiene relación con una familia ya constituida, sino con un proceso complejo que produce la familia de la inmigración... con su propia identidad social y cultural.

La familia inmigrante, y aún más la familia de la inmigración, soporta, entonces, un proceso de alteración y cambios profundos que la llevan a reconstruir y renegociar sus características a través de la interconexión de los elementos presentes en el contexto de llegada y de aquellos vigentes en el país de origen. La familia de la inmigración se delinea así como una entidad autónoma y peculiar, fruto de una reelaboración entre aquello que era antes de la migración (relativo a modelos de formación del núcleo, roles de loscón-

yuges, relaciones padres/hijos, división sexual del trabajo...) y aquello que está llamada a alcanzar luego de la reunificación de todos sus miembros, que es la inserción en el país de llegada.

La emigración se configura indudablemente como un hecho altamente estresante, no solamente para cada individuo, sino también por el equilibrio de la vida familiar que requiere la capacidad de reorganización de las relaciones y los roles de cada sujeto, con respecto a las ausencias y a las sucesivas reunificaciones de sus miembros. La reunificación familiar, en particular, se revela como un momento crítico y delicado, debido a que los sujetos deben aprender a vivir nuevamente juntos, después de un período más o menos largo de separación durante el cual cada uno ha vivido experiencias significativas sin el apoyo y el soporte del otro:

El momento de la restauración del núcleo roto por la migración representa un hecho crucial para todos los sujetos del encuentro, en cuanto infringe equilibrios anteriores, desnuda expectativas y desilusiones, requiere a cada uno el definir roles y relaciones que se comprimen dentro del espacio del nuevo hogar (Favaro, 2000: 46).

En este sentido, los individuos deben aprender a relacionarse con personas nuevas, “distintas” de aquellas que han dejado atrás, que han asumido roles y adquirido capacidades antes desconocidas. Para aquellas parejas que se formaron en el país de origen y que han vivido ahí una parte de su vida conyugal y familiar, surge la dificultad de recrear su propia vida de pareja en un contexto completamente distinto y en ausencia de soportes de las redes de parientes, amigos y de vecinos, tan importantes, por lo general, en la vida cotidiana de cada persona.

La pareja

Las dificultades y la tensión que la familia de la inmigración vive, tanto en el país de origen como en el de destino, se confirman en el caso de la inmigración ecuatoriana en Génova. En tal sentido, se podría afirmar que la experiencia migratoria se configura como una verdadera “carrera de obstáculos” que requiere, de todos los sujetos involucrados, la capacidad de poner en acción energías y recursos suplementarios de los que no siempre disponen.

Al analizar las dinámicas existentes en el contexto de origen, se nota cómo se tiende a identificar a la migración como la causa principal de la desestructuración y de la inestabilidad conyugal y familiar, con el riesgo de caer en visiones simplistas que destacan solamente los efectos negativos que distorsionan el fenómeno. Si, por una parte es verdad que el alejamiento prolongado y la imposibilidad de reunificarse en poco tiempo, pueden crear dificultades en la estabilidad conyugal y empujar a las personas a emprender nuevas relaciones; por otra parte, muchas veces la migración de uno de los cónyuges, especialmente de la mujer, nace en un contexto ya débil, caracterizado por relaciones frágiles y problemáticas, en las cuales la partida es vista como una oportunidad para salir de una situación insatisfactoria y dolorosa. En tal caso, la migración no es la causa que determina la ruptura de la pareja, sino que se presenta simplemente como un factor “facilitador” que permite la realización de una separación ya deseada y, a veces, no realizable en el contexto de origen.

Como menciona Zlotnik (1995), si bien muchas son las investigaciones que tratan el tema de las relaciones entre migración y estabilidad conyugal (sobre todo en casos en los cuales es la mujer la que parte primero); éstas no profundizan adecuadamente en la información y, a partir de un análisis superficial, se podría deducir que la migración provoca una mayor inestabilidad y fragmentación conyugal. En realidad, la migración es más frecuente en parejas problemáticas y, en la mayoría de casos, las mujeres que parten están ya separadas, divorciadas o tienen un matrimonio que ya no funciona. Si utilizamos, entonces, una perspectiva que tome en cuenta los dos contextos simultáneamente, podemos captar por completo toda la complejidad del fenómeno, ya que si, por una parte, la reunificación es, sin duda, uno de los momentos más críticos y delicados para la necesidad de reconstruir relaciones suspendidas en el tiempo; por otra, ya en el momento de la partida se activan aquellas condiciones de estrés y de tensión que ponen a prueba el equilibrio y la capacidad de supervivencia de los núcleos.

No todas las parejas llegan a la reunificación y, a menudo, las que lo hacen deben activar energías extras para hacer frente a las dificultades que encontrarán. Reunirse, de hecho, no significa recomenzar desde el punto en el que se interrumpió la relación de pareja con las mismas modalidades, sino que implica una serie de cambios, a menudo radicales. La primera dificultad viene dada, justamente, por la capacidad de saber redefinir y renegociar

los roles recíprocos a la luz de los anteriores, pero también frente a los cambios que provocan la experiencia migratoria y la influencia cultural del nuevo país. Este aspecto parece ser particularmente evidente cuando la partida de las mujeres y las reunificaciones alteran la división tradicional de roles al interior de la pareja y obligan al hombre a una posición subordinada. En este caso, por lo menos temporalmente, el hombre vive en una situación de dependencia en la que él deja de ser el proveedor del núcleo y pasa a ser su mujer quien cumple ese papel, ya que es quien conoce el contexto, sabe el idioma, tiene relaciones con el exterior y, sobre todo, tiene una independencia económica que le permite mantener a la familia y al marido. En estas circunstancias, se comprueba una verdadera inversión de los roles vividos anteriormente, inversión agravada aún más por las dificultades de inserción laboral y por los períodos de desempleo:

Este tipo de reunificación puede implicar para el marido reunificado y dependiente de la esposa, ahora jefe de familia, una serie de dificultades en cuanto puede verse obligado, por un periodo que puede ser largo, a la inactividad y sobre todo a la pérdida del propio rol social (Bálsamo, 2003: 19).

Sin embargo, la presencia de factores que causan tensión y conflicto no debe ser leída como signo evidente de desestructuración familiar; si retomamos el concepto de “ciclo de vida familiar” se nota claramente que la migración, como hecho crítico no previsible, puede dar cabida a dos situaciones opuestas que llevan a un aumento de la cohesión y de la solidaridad conyugal, o a una fractura incurable: “La tensión, el estrés y la crisis causados por la emigración pueden conducir a reforzar los lazos de parentesco y familiares; o, a debilitar, eludiendo o destruyendo la misma relación; o a reorganizarlos” (Dumont, 1993: 39). Es necesario, por tanto, descartar la idea de que la migración es, de por sí, un hecho desestructurador y causa principal de rompimiento conyugal; surge, en cambio, un cuadro mucho más complejo en el cual la migración se sitúa como un hecho altamente estresante y crítico, que de acuerdo a la capacidad de los sujetos involucrados para activar recursos adecuados a los desafíos que se les presentan, puede dar lugar a dos salidas exactamente contrapuestas.

En los casos en que los miembros de la pareja logran superar la dificultad y la expatriación inicial, se crea una nueva modalidad de relación vivida

por los sujetos en términos altamente positivos como elemento de fuerza y unión conyugal. Es justamente el hecho de estar solos, sin el apoyo familiar y de compartir las mismas experiencias el que une a las parejas y las dota de una sensación de contar más el uno con el otro. En muchos casos, también las dinámicas relativas a la gestión de los deberes de cuidado se desarrollan de una nueva manera, generando una vida de pareja más compartida en la que ambos participan.

Al contrario, si los cónyuges no logran este proceso de renegociación y cada uno se queda anclado en los modelos originales sin aceptar los cambios ocurridos, se dará una fractura más o menos definitiva que llevará, en la mayoría de los casos, a una separación y a una eventual formación de otros lazos. Obviamente, el factor discriminatorio en estos recorridos, más allá de los eventos contingentes, viene dado por la estabilidad inicial de la relación. Una pareja frágil, cuyas dinámicas son conflictivas y problemáticas antes de la partida de uno de sus miembros, tendrá muchas más dificultades en activar aquellos recursos extras necesarios para llevar a cabo juntos el recorrido migratorio.

La migración, en definitiva, exige de la pareja la capacidad de reconstruir la relación sobre bases nuevas y de recrear un nuevo equilibrio, tomando en cuenta que el aislamiento del contexto original aumenta las exigencias y las expectativas recíprocas de los miembros de la pareja, frente a recursos disponibles más limitados:

La modificación del contexto social, la ausencia de los parientes que controlan y valorizan a los cónyuges, los cambios en el estilo de las relaciones sociales y en los significados de los deberes asumidos por los esposos, los coloca en una situación nueva: ellos se preguntan acerca de sus roles que son cada vez más inciertos. Estos problemas son vividos más agudamente, dado que las aspiraciones de cada cónyuge con respecto a la pareja son más grandes y los recursos para enfrentarlos más débiles... (Bolzman, 1997: 86).

Los hijos reunificados

Si la reunificación aparece como un desafío y un obstáculo difícil de superar para la pareja, aún más compleja resulta para los hijos que han perma-

necido por largo tiempo en el país de origen, sobre todo si las reunificaciones no se producen al interior del cuadro familiar ya conocido por el joven, sino en un contexto diferente, en el que la recomposición de la familia implica el conocimiento de nuevos miembros y la construcción de nuevas relaciones. La partida de las madres determina⁶, en efecto, un período de separación forzada, de más o menos largo tiempo, durante el cual los hijos se quedan en el país de origen junto con miembros de la familia ampliada. La reunificación se presenta como una fase extremadamente crítica y llena de expectativas, representa la realización de un deseo postpuesto en el tiempo - la reunificación con su propia familia- pero también la separación y el alejamiento, a menudo permanente, de afectos y lugares conocidos:

Cada uno interioriza desde la infancia los elementos de la propia cultura, con sus valores y códigos normativos, además de construirse una red de relaciones seguras para su equilibrio emotivo. Con la expatriación, todo aquello se erradica, tanto los lazos afectivos como las referencias culturales (Murer, 1994: 29).

El primer obstáculo se relaciona, justamente, con la capacidad de reconstruir y recrear las relaciones con personas ahora desconocidas, que el tiempo y la distancia han vuelto extrañas; especialmente, en los casos en que las madres partieron del Ecuador cuando los hijos eran todavía muy pequeños y no retornaron. Los enfrentamientos son múltiples dado que la reunificación no implica, necesariamente, encontrarse en “su propia familia” sino la aceptación de una familia reconstituida, a veces, con una nueva pareja de la madre y nuevos hijos nacidos de esa unión posterior.

Como sostiene Esparragoza (2003), estos chicos deben enfrentar, casi siempre, tres o más familias, tres o más casas: la inicial, constituida por la mamá, papá y los hijos con el soporte continuo de la familia extendida; una transitoria, constituida por los parientes, a cuyo cuidado se encargó al niño junto con otros hermanos, primos y niños de la familia ampliada; y aquella actual caracterizada, generalmente, por nuevas presencias. A estos aspectos

6 La migración ecuatoriana en Europa y en Italia, específicamente, configura un típico caso de migración femenina, en el que las mujeres son las pioneras de los flujos migratorios, aquellas que parten primeras con un proyecto de retorno a la patria a corto plazo o, más frecuentemente, de reunificación posterior de la familia en el país de llegada.

se añaden, frecuentemente, condiciones económicas y materiales difíciles que hacen aún más compleja la estabilización en el nuevo país. El trabajo a tiempo completo de los padres, compartir el alojamiento, las dificultades materiales ligadas a la precariedad económica y de estadía, son factores que actúan en conjunto provocando que el recorrido de inserción sea complejo y problemático; especialmente para los núcleos monoparentales y, si las madres trabajan a tiempo completo como empleadas o niñeras, se nota la división entre las exigencias laborales y familiares y la enorme dificultad de conciliar el tiempo de trabajo con los de la vida privada y del cuidado de los hijos.

Como observa Bálamo, la mayor o menor dificultad de inserción no está vinculada a la llegada de los hijos y a su desarraigo en sí, sino a las condiciones materiales, económicas, de alojamiento, de equilibrio familiar que se presentan a su llegada “... mientras el desarrollo del niño necesitaría estabilidad y seguridad, la cotidianidad de los padres está marcada, a menudo, por su carácter provisional y la incertidumbre de la condición jurídica de no ciudadanía o de marginalidad social” (Bálamo, 2003:40). Los cambios ocurridos en las características de la familia, la precariedad de sus condiciones de vida, la necesidad de compartir espacios con personas casi desconocidas, son todos factores que dificultan la activación de la energía suplementaria, necesaria para la inserción.

Un aspecto importante es la atención dedicada a la preparación de la partida, así como del arribo a Italia. A menudo, la partida no se planifica porque responde a condiciones contingentes que demandan una reunificación a corto plazo (la muerte de un abuelo, la imposibilidad de continuar al cuidado del niño quien debía hacerlo, un cambio en las condiciones de la familia), y los padres no evalúan a fondo las consecuencias de las reunificaciones. Se considera que la llegada de los hijos pondrá fin a un sufrimiento alargado por años, pero se pasan por alto las dificultades emotivas y materiales de este encuentro.

De este modo, no se da tiempo a los hijos a elaborar la separación, a encontrar un significado a este viaje, a prepararse para el encuentro, con el riesgo de que la migración se transforme en una decisión impuesta y obligada, donde la partida no ha sido ni escogida ni negociada.

Se entrelazan, con frecuencia, sentimientos contrastantes: la alegría de reunirse con los padres lejanos, pero también la rabia y la incomodidad de ser trasladados de un lugar a otro sin ningún poder de decisión. Estos sen-

timientos son percibidos con mayor intensidad por los chicos adolescentes porque la partida y la llegada al nuevo país se traducen en una pérdida de su autonomía de movimiento y de gestión. La ruptura de los lazos de amistad, la dificultad de relacionarse con los compañeros italianos, la distinta gestión de espacio y tiempo, que hacen difícil vivir en espacios urbanos como se lo podía hacer en la casa propia⁷, dificultan la inserción y crean una molestia generalizada. El encuentro se presenta, en muchas ocasiones, como un fracaso respecto a las expectativas iniciales, un desmoronamiento de las ilusiones construidas en el tiempo. Ilusiones ligadas ya sea a la figura de los progenitores o a las características del país de llegada, imaginado como más parecido al modelo norteamericano antes que al europeo. La imagen mítica del padre, construida durante los años de ausencia, se encuentra con la realidad de una condición de vida precaria, poco prestigiosa, muy lejana a las expectativas previstas.

Se pueden detectar, de manera esquemática, algunos factores que juegan un papel decisivo en la agilización u obstaculización del recorrido de inserción:

- *La edad en el momento de llegada y, sobre todo, la duración de la separación de los padres.* La edad es indudablemente un factor determinante; y, si resulta difícil generalizar, parece ser que los niños más pequeños (en edad preescolar y primaria) tienen menos dificultad tanto en el acercamiento inicial a los padres, como en la inserción en general. Indudablemente, la adolescencia es la edad más crítica en la medida en que a las dificultades típicas de esta fase del ciclo de vida, se suman las de la reunificación, vividas de modo más agudo o consciente, en comparación con lo que sucede con los niños más pequeños:

7 La gestión de los espacios habitacionales en las zonas urbanas de Ecuador es muy diferente de aquella del contexto italiano. En todas las clases sociales prevalecen las habitaciones unifamiliares en la que cada familia tiene a disposición una notable autonomía, ya sea en la gestión de los espacios internos como en los externos. Además, sobre todo, en los barrios populares, los espacios externos comunes (calles, canchas, plazas...) los viven todos los ciudadanos, adultos y niños, como lugares de encuentro y de cita. Esta diferencia resulta particularmente difícil de aceptar para los niños/chicos que se encuentran de improviso en un espacio cerrado y de difícil acceso (además de peligroso para quienes habitan en zonas degradadas de la ciudad), en donde las ocasiones de encuentro y socialización no pueden ser espontáneas, sino que deben ser proyectadas y organizadas en lugares y momentos específicos.

Si la adolescencia, siempre y para todos, se presenta como experiencia de profunda confusión y desarraigo, un período de búsqueda de una identidad comunicable y aceptable por parte de los otros, el adolescente inmigrado se encuentra viviendo un doble y repentino cambio: 'cambio de piel' durante el desarrollo psicofísico, además de un cambio de país (Bálsamo, 2003: 42).

- *La calidad de la preparación de la partida y de la llegada* en los planos tanto psicológico como material. La inclusión del niño/chico en el proyecto, el respeto de sus tiempos así como las características materiales de la acogida son elementos indispensables para favorecer los procesos de transición y cambio que la migración activa.
- *La capacidad de la familia de asumir la función de sostén y ayuda* en un contexto diferente al propio. Más allá de las diferencias subjetivas, es justamente la presencia de la familia y su capacidad de situarse como guía para los hijos, lo que hará más fácil, o, por el contrario, creará más obstáculos a la inserción. Como acertadamente subraya una mediadora cultural, "si no tienen una familia que dé un sentido a su llegada, que les ayude a entender porqué están aquí y qué cosa pueden hacer, solos no logran darle un sentido y a canalizar esta energía para hacer algo, para un objetivo" (G. mediadora cultural).

Sobre este aspecto, es interesante subrayar que uno de los principales problemas que se destaca de los relatos de las madres, así como de los mediadores entrevistados, es la dificultad de establecer relaciones educativas entre padres e hijos y el enorme obstáculo que las madres encuentran, especialmente con hijos adolescentes. En estas relaciones, de hecho, surgen todos los problemas y los resentimientos incubados en el tiempo y, al mismo tiempo, se evidencian las dificultades de los padres de asumir el rol educativo fuerte en un contexto extraño, donde los modelos educativos no están en sintonía con los propios. Pese a no existir diferencias radicales entre los modelos educativos, como ocurre con otras culturas, uno de los puntos en los que insisten los padres es la excesiva libertad que sus progenitores y sus escuelas conceden a los chicos italianos, libertad percibida como difícil de manejar y, sobre todo, como un modelo antitético al propio, que puede poner en crisis una autoridad paterna ya débil de por sí⁸.

El poco tiempo a disposición de las madres trabajadoras, la falta de apoyo familiar, la relación con un hijo semidesconocido, los resentimientos por la doble ruptura de los lazos (doble porque, en un primer momento, la partida de la madre fue vivida como abandono y luego, en el momento de la reunificación, como alejamiento forzado de los propios afectos) y todos los factores de incomodidad mencionados se conectan, obstaculizando y volviendo extremadamente complejo el rol educativo de estos padres.

La crisis del modelo de “integración subalterna” y sus influencias sobre las dinámicas de la familia

La migración ecuatoriana se presenta, en el contexto genovés, como un típico caso de migración femenina que concibe a la mujer como pionera de la migración, con intención de retorno a la patria o, muchas veces, de reunificación familiar en el país de llegada. Se delinea así un modelo que es, al mismo tiempo, femenino y familiar, en vista de que en un breve lapso de tiempo se activan mecanismos de llamada que permiten reconstruir, completamente o en parte, a la familia en el país de inmigración. Particularmente en los últimos años, este fenómeno se ha incrementado notablemente, lo que ha modificado las características de la presencia ecuatoriana en el territorio local, tanto en términos cuantitativos –por un aumento constante de la presencia– como en términos cualitativos, con el inicio de procesos de desestructuración del equilibrio anterior; como bien sintetiza Queirolo Palmas (2004) estamos asistiendo a la fase de “construcción de la colonia ecuatoriana”, fase de transición:

...desde los inicios de la migración (mujeres pioneras instruidas, de clase media empobrecida) a la tercera (la colonia) realizada mediante una con-

8 Por ejemplo, muchos padres lamentan que a menudo los hijos amenazan con denunciarlos a la Policía o al “teléfono Azul”, poniendo en discusión no sólo su autoridad sino, sobre todo, desprecian-do sus métodos educativos y complicando aún más el manejo de los hijos, como se puede ver en este extracto de una entrevista a una madre ecuatoriana: “¿Por qué no dejan que usemos nuestros métodos? Así no podemos hacer nada porque si decimos algo, si no deseamos que hagan algo o les hablamos nos dicen ‘mira, que llamo a la Policía!’. A una vecina mía le sucedió, ella había regañado a su hija porque llegó del trabajo en la noche y ella no había hecho nada; la hija llamó a la policía que vino a preguntar y todo...” (Génova 25, R. empleada doméstica).

sistente obra de reunificación de niños, adolescentes, hombres adultos y del restablecimiento, a menudo problemático, de relaciones familiares... (Queirolo Palmas, 2004: 324).

Se presenta, en suma, un cuadro en continua evolución que marca el fin del modelo de migración exclusivamente femenino y el nacimiento de un contexto más heterogéneo caracterizado por una creciente diversificación en términos de género, de clase social y nivel de instrucción (se asiste a un proceso de ampliación de las clases sociales involucradas, en el que las clases medio-altas se colocan como “pioneras” de un flujo migratorio abierto posteriormente a personas pertenecientes a clases sociales medio-bajas, con menores recursos económicos y culturales para invertir en el proceso migratorio) y, de composición familiar (ya no trabajadores solos sino familias enteras o partes de familias).

Estos cambios y sus efectos permiten delinear algunos puntos de reflexión interesantes que ponen de relieve el estrecho lazo existente entre las características de género de los flujos, la composición y el rol de la familia, las modalidades y oportunidades de inserción e integración en el contexto de llegada. En este caso, nos encontramos frente a lo que Ambrosini (1995: 20) ha definido, muy acertadamente, como “integración subalterna”, o mejor, frente a las paradojas que este tipo de integración implica, en el momento en que la migración se transforma de presencia provisional a presencia definitiva, en el momento en que se pasa de la inmigración de la mujer sola a aquella de la familia.

Las características principalmente femeninas de este flujo favorecieron, por lo menos al principio, la inserción y el ingreso en el mercado de trabajo local, contribuyendo a la construcción de un imaginario positivo alrededor de las mujeres ecuatorianas, percibidas como ejemplo de una integración silenciosa y pacífica, no amenazadora para la población autóctona por ser poco visible y, sobre todo, destinada a un segmento del mercado laboral bien determinado y absolutamente no competitivo. Sin embargo, si bien estos aspectos han jugado un rol determinante en la construcción de un proceso de inserción inicial, positiva y satisfactoria, no hay que descuidar el hecho de que estas características a la larga puedan desencadenar elementos paradójicos y negativos que pongan en crisis el modelo de inclusión social presente y, sobre todo, futuro.

Para un análisis más profundo y, sobre todo, proyectado a largo plazo, las características de la inmigración ecuatoriana aparecen funcionales tomando en cuenta las exigencias inmediatas del mercado de trabajo local y de la modalidad de inserción demandada por los autóctonos, pero absolutamente disfuncionales y débiles en el momento en que estas mujeres activan procesos de reunificación familiar y dan lugar a la formación de nuevos núcleos.

La llegada de los hombres y de los hijos, sobre todo adolescentes, crea inmediatamente un desfase entre las exigencias y las prioridades requeridas por los autóctonos y aquellas de las mujeres inmigradas, no solamente en términos estrictamente laborales (menor disponibilidad al trabajo fijo), sino también en cuanto a la percepción de peligro social y de mayor o menor posibilidad de integración; la presencia de figuras masculinas adultas y de hijos mayores, no es percibida, de hecho, como un recurso para el bienestar de los individuos, sino como un elemento crítico y de alteración de los equilibrios preexistentes.

Se replantea la paradoja de un proceso de interpretación de la migración que concibe al inmigrado no en su calidad de persona, con exigencias de tipo afectivo, familiar, relacional, sino solamente como fuerza laboral, brazos necesarios mas no deseados: "... muchos quisieran que desaparecieran, que se fueran de aquí, que sólo nos sirvieran pero sin derechos, sin visibilidad, ellos son sólo migrantes y nada más" (Caritas Española, 2003: 2). La crítica de esta interpretación es que surge, con toda su simpleza y fuerza, justo en el momento en que nos encontramos ya no simplemente ante trabajadores sino frente a familias inmigradas; ha puesto en evidencia, asimismo, las características del mercado de trabajo y, en particular, las condiciones de vida de las madres-trabajadoras, que dejan de ser absolutamente eficaces en presencia de las familias y, sobre todo, se arriesgan a enfrentar repercusiones negativas, no sólo sobre el equilibrio de los núcleos inmigrados y de los hijos reunificados sino, en general, sobre toda la sociedad.

El bienestar o malestar de las nuevas generaciones, la buena o mala integración, la fácil o difícil inserción escolar, ejercen sus efectos, especialmente, en el contexto social de referencia, a partir del ambiente escolar en el que los chicos se insertan, y no pueden ser interpretados como un problema específico de los ecuatorianos y de sus familias. Las paradojas de la integración subalterna residen justamente aquí, en no ver la evolución de las dinámicas

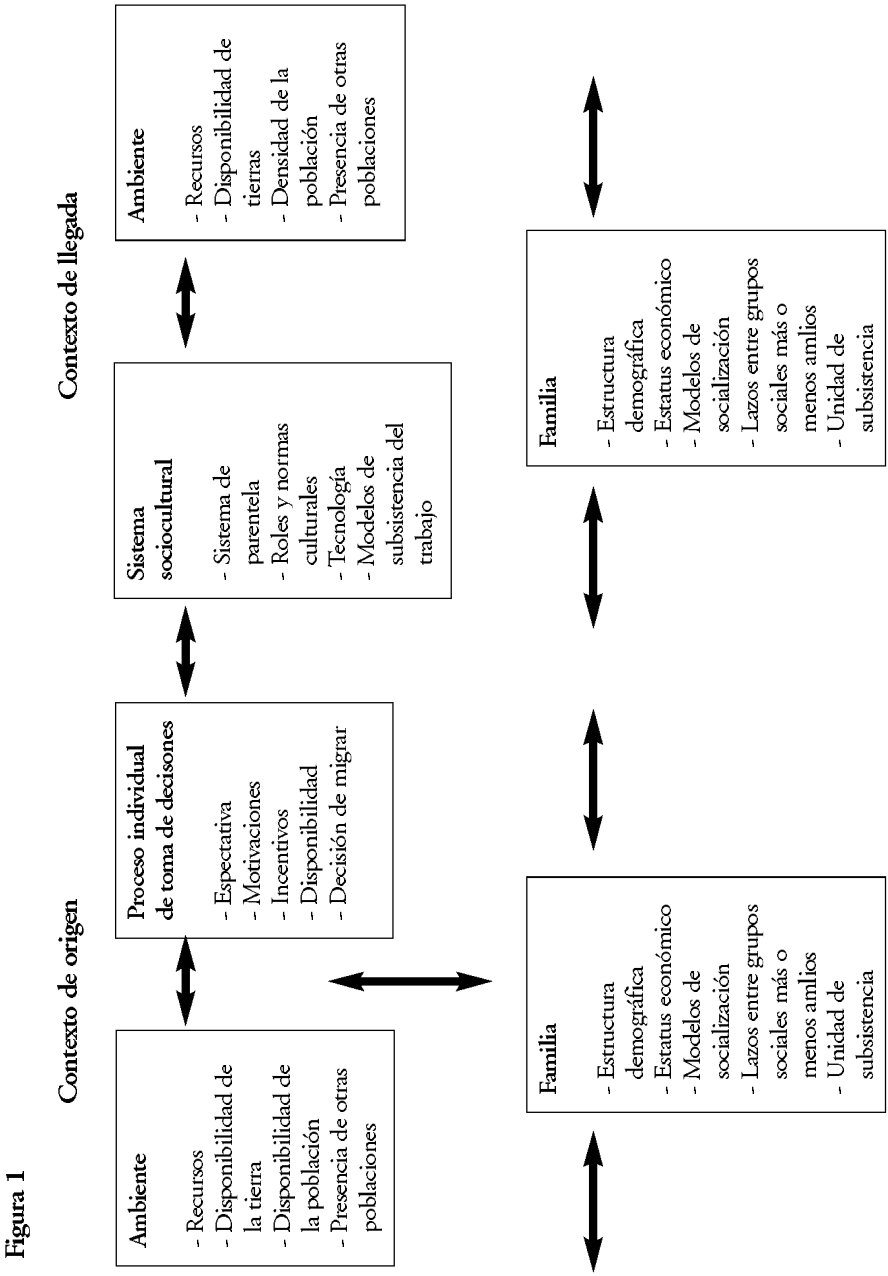


Figura 1

de los flujos y de los cambios en las exigencias de las personas involucradas, en la convicción de que es posible considerar los diversos aspectos del tema inmigración – familia, escuela, trabajo, casa, políticas sociales – como elementos apartados uno del otro e independientes de las condiciones reales de vida de las personas que viven y trabajan aquí y de sus familiares.

Bibliografia

- AA.VV, (2003). « Entre Culturas ». *Boletín del Programa de Inmigrantes de Caritas Española*, n.48
- Ambrosini Maurizio (1995). *Domanda di lavoro di servizio, immigrazione e reti etniche nel sistema urbano milanese*. En: M. Ambrosini, R. Lodigiani, S. Zandrini. *L'integrazione subalterna*, Quaderni ISMU, n.3, Milano.
- Bálsamo, Franca (2003). *Famiglie di migranti. Trasformazione dei ruoli e mediazione culturale*. Roma, Carocci
- Bertaux, Daniel (1999). *Racconti di vita. La prospettiva etnosociologica*. Milano, Franco Angeli.
- Blangiardo, Gian Carlo, Eugenia Scabini (1995). “Ciclo di vita della famiglia, Aspetti psico-sociali e demografici in AAVV”. *Nuovo lessico familiare, Studi interdisciplinari sulla famiglia* n.14. Milano, Vita e Pensiero
- Bolzmann Claudio, (1997). « Aux Frontières du public et du privé: la négociation des rôles familiaux en situation d'exil- L'exemple des familles chiliennes ». En: C. Bolzman, P. Bédard-Hauser. *On est né quelque part, mais on peut vivre ailleurs*. Genève, IES.
- Carrà Elisabetta, Marta Elena (1995). “Rischio familiare, in AAVV., Nuovo lessico familiare”. *Studi interdisciplinari sulla famiglia* n.14. Milano, Vita e Pensiero
- Colombo, A. (2003). “Razza, genere, classe, le tre dimensioni del lavoro domestico in Italia”. *POLIS*, XVII, 2, agosto.
- Dumont, W.A., (1993). “Famiglia e movimenti migratori”. En Eugenia Scabini, Donati Pierpaolo. *La famiglia in una società multi-etnica, Studi interdisciplinari sulla famiglia* n.12. Milano, Vita e Pensiero.
- Esparragoza, Maria Eugenia (2003). “Guayaquil...Italia”. En: Enrico Fravega, Luca Queirolo Palmas. *Classi Metiche*. Roma, Carocci.

- Favaro, Graziella (1990). "Le donne migranti tra continuità e mutamento". En: Demetrio Duccio, Graziella Favaro. *Lontano da dove*. Milano, Franco Angeli.
- _____ y Mara Tognetti Bordogna (1991). *Donne dal mondo. Strategie migratorie al femminile*. Milano, Guerini Associati.
- _____ (2000a). "Le famiglie immigrate: microcosmo di affetti, progetti, cambiamento". En: Walter Nanni, Tiziano Vecchiato (a cura di). *La rete spezzata. Rapporto su emarginazione e disagio nei contesti familiari*. Milano, Feltrinelli, Caritas Italiana e Fondazione E. Zancan,
- _____ (2000b). "Bambini e ragazzi ricongiunti". En: Mara Tognetti Bordogna, (a cura di), *Le famiglie dell'immigrazione. I ricongiungimenti familiari. Delineare politiche attive*. Milano, Fondazione Cecchini Pace.
- Grasso, M. (1994). *Donne senza confini*. Torino, L'Harmattan Italia.
- Harbison, S.F. (1981). "Family structure and family strategy in migration decision making". En: G.F. de Jong, R.W. Gardner. *Migration Decision making*. New York, Pergamon Press.
- Morokvasic, M. (1983). Emigration feminine et femmes immigrées: discussion de quelques tendances dans la recherche". *Pluriel*, n. 36. Paris, L'Harmattan.
- Murer, Bruno (1994). *Giovani di frontiera. I figli dell'immigrazione*. Milano, ISMU.
- Oso, Laura, Christine Catarino (1996). *Femmes chefs de ménage et migration* in Bisilliat J., *Femmes du sud, chefs de famille*. Paris, Karthala.
- Queirolo Palmas, Luca (2004). "Oltre la doppia presenza. Percezioni di cittadinanza fra gli ecuadoriani di Genova". *Studi Emigrazione*, n. 154. Roma, Cser.
- Rossi, Giovanna (a cura di) (2001). *Lezioni di sociologia della famiglia*. Roma, Carocci
- Sayad, Abdelmalek (2002). *La doppia assenza. Dalle illusioni dell'emigrato alle sofferenze dell'immigrato*. Milano, Raffaello Cortina Editore.
- Tognetti Bordogna, Mara (1999). *Strutture e relazioni familiari tra gli immigrati*, Convegno "Le famiglie interrogano le politiche sociali". Bologna, 29-30-31 marzo
- _____ (a cura di) (2000). *Le famiglie dell'immigrazione. I ricongiungimenti familiari. Delineare politiche attive*. Milano, Fondazione Cecchini Pace

- Torrealba Orellana, R., (1989). "Migratory movements and their effects on family structure: the latin american case", *International Migrations*, n.2, june, Geneva.
- Zeharoui, Ahsène (1995). "La migrazione di popolamento". En: Carla Landuzzi, Alberto Tarozzi, Anna Treossi. *Tra luoghi e generazioni*. Torino, L'Harmattan Italia.
- Zlotnik, Hania (1995). "Migration and family: the female perspective". *Asian and Pacific Migration Journal*, vol.4, n.2-3.